

Jean Lartéguy

LOS PRETORIANOS



En esta novela de Jean Lartéguy, vemos a los «centuriones» convertirse en «Los pretorianos».

El asesinato de uno de sus camaradas lleva a los amigos de éste a desbordar el marco nacional de la acción militar y a «hacer política». Nada podrá contener ya a ese torrente de hombres audaces, ni siquiera aquéllos que, desde Argel o desde la metrópoli, tratan de someterlos.

Tenidos por peligrosos tanto por las jerarquías tradicionales como por los hombres a los que ellos mismos han llevado al poder, «Los pretorianos» del 13 de mayo son lanzados de nuevo a la guerra. Desde este momento, ya no podrán escapar a su destino, y se verán abocados a la dimisión, a nuevos complots o al suicidio.

Esta novela cierra el ciclo iniciado con «Los centuriones».

La historia es una pesadilla de la que yo
procuro despertar.

JAMES JOYCE (*Ulyses*)

Los pretorianos, como Los centuriones, cuya continuación constituye, es una novela, y los personajes que en ella aparecen son imaginarios, aun cuando a veces actúen y se desenvuelvan a través de acontecimientos reales. Que nadie busque aquí secretos de Estado: ya no queda ninguno en nuestro arrumbado navío: todos los han devorado las ratas.

Dedico este libro al recuerdo de todos los pretorianos a quienes algún César hizo asesinar para no pagarles soldada o para salvar su propia vida.

J. L.

I

LAS MAÑANAS DE ARGEL

*A nous dix, nous prîmes la ville
–Et le roi lui-même! Après quoi,
Maîtres du port, maîtres de l'île,
Ne sachant qu'en faire, ma foi,
D'une manière très civile
Nous rendîmes la ville au roi.^[1]*

VÍCTOR HUGO
(La légende des siècles)

CAPÍTULO PRIMERO

PERMISO SIN SUELDO

Por disposición del ministro de Defensa Nacional, el capitán Philippe Esclavier queda, a instancia propia, en situación de excedente sin sueldo.

(Boletín Oficial de 1.º de marzo).

Dos semanas antes de recibir su cuarto galón y la corbata de caballero de la Legión de Honor, el capitán Philippe Esclavier, del 10.º Regimiento de Paracaidistas coloniales, presentó su dimisión. Todavía se hallaba en tratamiento en el Val-de-Grâce por la herida que había sufrido en las dunas del Adrar.

El coronel Bucerdon, jefe de Estado Mayor de las tropas aerotransportadas, le visitó en su habitación del hospital para preguntarle las razones de esta decisión inexplicable. Se había vestido de paisano con el fin de evitar que esta conversación que deseaba amistosa tomara un giro de entrevista oficial. El capitán se limitó a responder que obraban por «razones personales». El coronel estuvo a punto de preguntarle si esta decisión no estaba relacionada con la muerte de Boisfeuras y la disolución de los Comités de Salvación Pública; pero no se atrevió.

Los jóvenes oficiales de su arma le desconcertaban y al mismo tiempo le producían cierta irritación. No podía ig-

norar que se reunían entre sí para tomar algunas decisiones importantes.

En todas las cantinas de los regimientos paracaidistas, halláronse sus unidades en plan de descanso o de operaciones, ya no se hablaría de otra cosa más que de la dimisión de Esclavier. Era uno de los que habían dado su tono a las tropas aerotransportadas, esa mezcla de insolencia, de cinismo y de familiaridad, ese espíritu de cuadrilla que tiene sus costumbres, de secta que tiene sus secretos, de la misma manera que el coronel Raspéguy había aportado el estilo, el modo de vestirles y de combatir, y como Boisfeuras había sido responsable del clima reinante en muchos regimientos, que tenía algo a la vez de soviet de soldados y de escuela de mandos.

El general Le Bigan, inspector de los paracaidistas, había sostenido una larga conversación con el ministro del Ejército a propósito de Esclavier. Acto seguido había encargado al coronel Bucerdon que fuera a ver al capitán al Val-de-Grâce, que se mostrara con él hábil, prudente, amistoso; en la calle Saint-Dominique hubieran visto con agrado que Esclavier continuara en el Ejército. Si se negaba a ello en absoluto, era necesario, al menos, lograr una separación sin estridencias.

No sin cierta amargura, Le Bigan había dicho al coronel:

—Ustedes pertenecen los dos a la misma masonería, la de los Compañeros de la Liberación. Entre ustedes sabrán entenderse. Aunque deje el Ejército, nuestro querido Philippe Esclavier no tendrá por qué preocuparse. Siempre estarán dispuestos De Gaulle y compañía a hacerle diputado, senador, profesor o gobernador civil.

A la entrada de Bucerdon, el capitán Esclavier se había incorporado sobre sus almohadas. Tenía el torso cruzado por un extenso vendaje. Estaba pálido como aquella mañana del otoño de 1941 en que había llegado a los páramos del país de Gales con su petate y su traje demasiado

grande de pescador de Concarneau. Fue a él, Bucerdon, entonces capitán instructor de la Escuela de Cadetes de la Francia libre, a quien había ido a presentarse.

Bucerdon le había preguntado:

—¿Por qué se une al general De Gaulle?

—Por razones personales.

No había podido sacarle nada más.

— El galopín era ahora un hombre de treinta y siete años. Entre los boinas rojas, gozaba de la reputación, y en todas las unidades se citaban sus dichos, a veces atroces, siempre amargos; su dimisión de hoy casi tomaba el cariz de un asunto de Estado.

El coronel encendió un cigarrillo y tosió. Le quedaba por cumplir la parte más difícil de su misión. Esclavier le observaba con sus ojos grises, con ese aire a la par divertido y cruel de un niño que mira ahogarse una camada de gatos.

Bucerdon tenía mucho calor. Le disgustaba ese tufillo a éter y a sopa trasnochada que flota siempre en el aire de los hospitales, y sacó su pañuelo para secarse la cara.

—Mire, Esclavier; nosotros nos conocemos desde hace bastante tiempo. Yo siento por usted estimación y amistad a causa de lo ocurrido durante «nuestra» guerra, cuando no éramos más que unos cuantos. Se habló mucho de usted durante la batalla de Argel, como de Boisfeuras, Glatigny, Marindelle y todos los demás; luego, el 13 de mayo, dio a conocer su nombre al gran público. Se ha convertido usted en una especie de animador en medio de un grupo de oficiales ya un tanto inquietos. El ministro ha llamado esta mañana al general Le Bigan. Tiene miedo de que su dimisión sea interpretada de manera tendenciosa entre las tropas aerotransportadas, que se vea en ella una especie de protesta contra las medidas tomadas en Argelia y en el seno del Ejército por el Gobierno. Teme también que los periódicos progresistas y comunistas se apoderen de este asunto y presenten su separación como síntoma de una

escisión entre el Ejército y el régimen. Recordarán que usted es hijo de un hombre que adoptó una violenta actitud contra la guerra de Indochina y que arrastró tras sí a una buena parte de la Universidad. No dejarán de recordar que usted es Compañero de la Liberación y uno de los oficiales que hicieron proclamar al general De Gaulle. En interés de todos, el ministro le ruega que retire su dimisión, o, en caso contrario, que dé una razón que impida falsas interpretaciones.

Esclavier había cerrado los ojos y su rostro se había crispado.

«Todavía debe de dolerle su herida –pensó Bucerdon –, o quizás otra cosa...».

Pero el capitán se repuso en seguida:

–Vamos, mi coronel, no es para tanto. En su cartera tiene el papel que está encargado de hacerme firmar. Déme-lo.

Esclavier hablaba con esa voz seca, un poco mordiente, ligeramente matizada de hastío, que imitaban sus camaradas cuando se dirigían a un superior al que querían dar a entender que ya no era de los suyos.

Bucerdon se sintió más apenado que irritado. Abrió la cartera colocada sobre sus rodillas y sacó torpemente de una carpeta encarnada una hoja de papel escrita a máquina que alargó al capitán.

«El capitán de Infantería Colonial Philippe Esclavier al señor ministro del Ejército.

»Tengo el honor de rogarle se digne concederme un permiso sin sueldo de dos años. A consecuencia de mi última herida, los médicos que me asisten estiman que antes de ese plazo no podré recuperar una actividad normal en una unidad combatiente...».

El capitán alzó la cabeza.

—Había pensado en ese pretexto, mi coronel; así que estamos de acuerdo; pero no deja de ser un pretexto. Una bala en el pecho, cuando no le mata a uno en el acto, no suele dejar reliquias. Pero a una solicitud de esta clase, ya lo sabe usted, tengo que unir un expediente clínico con los certificados de los médicos, el dictamen de la comisión de reforma, la decisión del director del servicio de sanidad... y para qué seguir... No tengo ninguna probabilidad de obtener todos esos certificados. En quince días estaré en la calle y en un mes podré participar en nuevas operaciones.

Bucerdon aplastó su cigarrillo en un cenicero, lo que le permitió volver la cabeza.

—Creo que, en su caso, me será..., en fin..., fácil acelerar... todas esas pequeñas formalidades administrativas.

—Entiendo: yo firmo y usted se encarga de constituir mi expediente.

El coronel alargó su estilográfica y Esclavier firmó la hoja.

—¿Qué va usted a hacer? —preguntó Bucerdon—. ¿Política?

El capitán se echó a reír apaciblemente.

—¿Le ha encargado el ministro que me haga esa pregunta? Tranquilícese. Valéry ha escrito no sé dónde: «En los períodos más terribles de la Historia, siempre hay un hombre en un rincón que cuida su caligrafía y ensarta perlas». Así que me voy a ensartar perlas a una pequeña aldea de la Alta Provenza. Un tío me ha dejado una casa con un gran jardín; y mi padre, algunas rentas.

El coronel pensó: «¡Eso es muy suyo: citar a Valéry en el momento de presentar su dimisión!».

Bucerdon, que no era de carrera, no sabía muy bien quién era Valéry: le recordaba una historia de cementerio.

Esclavier había firmado, que era todo lo que se le pedía. Los motivos de su decisión le concernían sólo a él y más valía que no fuesen conocidos. Pero nadie entre los

iniciados creería un solo instante que abandonaba el Ejército por razones de salud. Bucerdon pensó que sería hábil propagar el rumor de que había una mujer por medio, lo que no asombraría a nadie, conocido como era el capitán por sus aventuras sentimentales. Las personas excesivamente curiosas buscarían a la mujer y se extraviarían en pos de falsas pistas; en unas cuantas semanas el incidente sería olvidado y el capitán también.

El coronel estrechó la mano del herido y salió de la estancia. Un viento helado soplabá en los patios y galerías exteriores. Súbitamente tuvo frío y se sintió muy viejo.

Hacía ya dos meses que los mejores oficiales de los regimientos paracaidistas caían en combate, presentaban su dimisión o solicitaban su ingreso en la Escuela de Guerra. ¿Qué diablos les pasaba?

Y ahora él, Bucerdon, a quien llamaban *la Vieja* en las tropas aerotransportadas, después de haber pasado un año en el Estado Mayor o en el Gabinete del ministro, dejaba de portarse como un soldado y participaba en enjuagues y trapicheos, aceptaba incluso un sucio trabajo como el que acababa de realizar. Buscó las razones que le impulsaban a obrar de tal manera: ¿fidelidad a cierta concepción tradicional del Ejército y del Estado que, para él, se había identificado con Charles de Gaulle? ¿Cansancio? ¿Necesidad de confort? ¡Tenía un coche, un chófer, una residencia a cuenta del Ministerio!

El coronel se hizo conducir a los Campos Elíseos y entró en el «Brent-Bar». Un año antes hubiera invitado a su chófer a tomar un vaso con él; le dejó sentado en su puesto. En este establecimiento se reunían un cierto número de veteranos de la Francia Libre, de paracaidistas, de miembros de los servicios secretos y de periodistas que acudían a pescar informaciones en estas aguas ricas en plancton. En la pared estaba colgado el negro banderín del coronel Raspéguy con su divisa: «Me atrevo». Raspéguy se había atrevido demasiado; en cosa de unas sema-

nas le iban a hacer morder el polvo. Y tal vez fuera él, Bucardon, el enviado a anunciar a su viejo compañero que era relevado de su mando.

El coronel esperaba encontrar a Villèle y Pasfeuro. Aquellos tipos estarían al corriente de muchas cosas y ya, sin duda, de la dimisión de Esclavier. Les dejaría ver la instancia del capitán; luego les deslizaría la historia de la mujer y les pediría que le guardaran bien el secreto. Unas horas más tarde se sabría en todas las salas de redacción de París.

El ministro había expresado este deseo: por lo tanto, no habría asunto Esclavier. Bucardon esperó una hora a los dos periodistas, pero no acudieron. Ante su vaso de whisky, que Edouard, el barman, le reponía en cuanto lo vaciaba, el coronel se abandonó a sus sueños; le hubiera gustado tener una casita en el Mediodía, con un jardín. Plantaría ciruelos, melocotoneros, albaricoqueros. Luego a caballo en una silla, oiría venir la noche, mientras que, en la cocina, una vieja sirvienta hacía sonar los platos. Entonces podría mandar a la mierda a todo el mundo.

Ésta sería su manera de ensartar perlas.

El coronel Raspéguy, al mando del 10.º R. P. C. y del sector de operaciones de Tebessa, se enteró de la dimisión de Esclavier en el curso de una reunión en el Estado Mayor de Constantina.

Se limitó a declarar, dando una fuerte chupada a su vieja pipa:

—Ya lo conozco yo a mi buen Esclavier. Es otra historia de faldas. Ésa ha sido siempre su debilidad: las faldas. Volverá dentro de unos meses.

Hubo algunas risas un poco forzadas entre los otros coroneles y los generales. Tan sólo tres o cuatro podían soportar a Raspéguy. Los demás le reprochaban su tosqueidad, sus orígenes modestos que él se complacía en recor-

dar, su hermosa cabeza de condotiero del Renacimiento, tan a menudo reproducida en los grandes semanarios ilustrados, y, sobre todo, sus éxitos –«su suerte», decían ellos– y la manera que tenía de comprender aquella guerra y de ganarla allí donde él se encontrara.

Raspéguy ahuecó el pecho. No convenía que se le viera acusar el golpe. Todos esperaban un signo de debilidad para arrojarse sobre él.

No podía hacerse a la idea el gran coronel de que ya no tendría junto a él a Esclavier, con su hermosa jeta bovina y su manera seca y rápida de mandar a cada uno a su puesto.

Esclavier le acompañaba siempre que era llamado a Argel. Se movían los dos por las oficinas de la Región militar, desabrochado el cuello y vueltas las mangas sobre su bronceada piel, balanceando ligeramente los hombros, enjutos de nalgas y bien ceñido al cuerpo el uniforme de enmascaramiento. Sus gorros de visera partida recordaban extrañamente a los guerreros germanos del África Korps. A su paso, los oficiales del Estado Mayor zambullían la nariz en sus registros y sus anuarios para no ver la guerra que irrumpía con su duro y atlético rostro.

Entraban a ver al general en jefe, aquel ser sigiloso de las sutiles intrigas, cuyo corazón se había ido secando al humo de todos los opios y de todos los inciensos, entre los ritos esotéricos, las iniciaciones búdicas y masónicas. El general tenía un bello rostro inmóvil orlado de cabellos de plata y sonreía misteriosamente a los dos paracaidistas. Pero ellos no sabían nunca lo que les esperaba a la salida del despacho: si un nuevo ascenso o la lisonjera citación que acompañaría a un licenciamiento. Raspéguy tenía miedo a ser apartado de la «carrera» y daba a esta última palabra el mismo sentido que los corsarios vascos o maluiños^[2]. La mirada de Esclavier le obligaba a mantenerse bien erguido cuando venía la desgracia, a no ir a mendigar por los negociados, cerca de los políticos o de los pe-

riodistas, para hacerse restituir su mando. Esclavier era en cierto modo su dignidad.

De regreso a su unidad, el coronel fue presa de una violenta cólera. La emprendió a puñetazos con la mesa hasta que apareció su jefe de Estado Mayor, el comandante Beudin, a quien llamaba Boudin, que era grueso y tenía cara de buena persona.

Raspéguy se puso a vociferar:

—Óyeme bien, Boudin. Tienes ocho días de permiso, pero no para que vayas a emborracharte por ahí. Quiero que corras en busca de Esclavier y, aunque no esté todavía zurcido del todo, me lo traigas. Tengo que saber por qué ha hecho eso.

—Una chica, mi coronel, lo que usted ha dicho.

—Lo que yo he dicho a los demás y lo que va contando *La Vieja* a todas partes; pero yo no lo creo. No es un tipo como para consagrar toda su vida a cincuenta kilos de carne, aunque tengan veinte años. ¿Y si eso fuera un truco y tuviera algo conmigo personalmente?

Ahora se había calmado y llenaba su pipa con unos cigarrillos que rompía en dos. Había vuelto la espalda al grueso Boudin, quien le dirigió una envidiosa mirada.

El coronel era esbelto como un adolescente. Así visto de espaldas, podía uno echarle veinte años si no tuviera esas arrugas en el cuello. Todos son delgados, todos adolescentes, los Esclavier, los Glatigny, los Marindelle; peligrosos, implacables y compasivos a la vez. Hasta Boisfeuras, que no se les parecía, ha encontrado en la muerte esa extraña juventud. Pero él, Boudin, con su buen sentido, sus pies bien asentados en la tierra, sus trapicheos de auvernés, estaba allí para proteger a aquellos frágiles soldados.

Ya se guardaría muy bien de ir en busca de Esclavier.

En Italia, un vidriero viejo le había enseñado que el cristal contrae a veces una enfermedad que le hace romperse sin motivo. Esta especie de lepra es contagiosa. Esclavier la tenía, y no era conveniente que se la transmitiera a sus camaradas, los guerreros de cristal.

Boudin iría al Cantal a ver a su madre; quería mucho a su madre y en el pueblo estaban orgullosos de él.

Esclavier descendió en cortísimas etapas hacia el Mediodía en un viejo descapotable que había comprado de ocasión. Llevaba consigo algunos libros, dos estatuillas de jade que Glatigny le había hecho adquirir en Hong-Kong, una tapicería marroquí y su revólver un «Luger» que había quitado a un jefe de *Kattiba* en el Atlas sahariano. Esto es todo lo que le quedaba de quince años de vida militar, junto con algunos recuerdos, unas cuantas medallas y un inmenso cansancio.

Tomó la carretera de Auvernia, pasó a veinte kilómetros de la aldea natal de Boudin y estuvo a punto de desviarse para hacer una visita a la madre del comandante. Era una vieja campesina con los cabellos recogidos bajo la cofia, de rostro severo, cuya foto le había enseñado un día su camarada con esa mezcla de orgullo, pudor y ansiedad que muestran en general los latinos para enseñar el retrato de su novia. Pero Esclavier siguió su camino. No hubiera sabido qué decir a la morena auvernesa y se hubiera visto obligado a confirmar algunas de las mentiras que el hijo había contado para darse importancia. También tenía derecho Boudin a «montar su pequeño circo». El suyo, al menos, era enternecedor.

El grueso Boudin se encontraba en la granja. Aquella misma mañana había telefoneado al coronel Raspéguy para asegurarle que, a pesar de todas sus pesquisas, no había podido echar la vista encima a Esclavier.